

ha comunicado; habremos hallado á la vez una nueva medida, bien exacta igualmente, de la grandeza de Jesucristo.

¡Cosa admirable! Jesucristo formó el mundo á imagen y semejanza suya; por ese medio lo regeneró y transformó. Los hermosos rasgos de su mente y de su corazón, aquella elevación de pensamientos, aquella ternura y aquella pureza de sentimiento, aquella amplitud de afectos que se advierte en los Evangelios, se encuentran reflejados en el mundo moderno, y es lo que forma su distinción y su superioridad con respecto al antiguo. El mundo antiguo se hallaba sumido en la idolatría, en la ignorancia de Dios, en una superstición tan inveterada y tan profunda, que Platón con todo su genio se sentía impotente para disiparla y clamaba por una intervención celestial. Y ahora aquel Dios, á quien Jesús llamaba su Padre, es el nuestro. Aquel culto puro, espiritual, aquella adoración en espíritu y en verdad, aquella hermosa religión, fundada sobre la pureza del corazón, sobre la paternidad y la fraternidad humana, es la religión de todos, aun de los más humildes. Como Jesús, nos vemos, nos sentimos hijos de Dios. Dios no está fuera ni lejos de nosotros; está en nosotros, vive en nuestros corazones y diviniza nuestras vidas. La existencia más obscura, la más olvidada de los hombres, tiene su salida hacia algún rincón del cielo. ¿Y quién

dirá hasta qué altura se han elevado, en ciertos hombres, las virtudes que resplandecían en el corazón de Jesús: su humildad, su obediencia, su celo por la gloria de Dios, su amor á las almas? Sin duda que en parte alguna fué igualado el divino modelo. Tampoco en ninguna parte entró el desaliento por no poder reproducirlo. Y como la naturaleza multiplica los esfuerzos, varía los matices y los colores, engendra millares de especies de rosas para realizar el tipo, cada una de las virtudes del Cristo ha creado durante dieciocho siglos, millares de hombres que han hecho los más sublimes esfuerzos para probar ó reproducir algo de su inimitable belleza. El mundo sintió el aroma de tales pruebas, y le debió, además de ese carácter de elevación religiosa, una fecundidad sobrenatural de la que el mundo antiguo ni siquiera tuvo presentimiento.

Mas no es el único rasgo que de su fisonomía dejó impreso Jesús en la sociedad moderna. Jesús, que no veía más que á su Padre en el cielo, en la tierra no veía sino á las almas. Para Él no había grandes, ni pequeños, ni ricos, ni pobres, y diré con el Apóstol, hombres, ni mujeres, ni niños. Vanas apariencias, velos diáfanos, á través de los cuales su mirada tan pura sólo veía esta cosa tan augusta, que se llama un alma. Pues este carácter de elevada espiritualidad, es la segunda nota del mundo

moderno. Hacia el término del mundo antiguo los hombres sólo se pagaban de vanas apariencias, únicamente estimaban á los ricos, á los poderosos; hollaban á los débiles, á las mujeres, á los niños; pisoteaban á los pobres. De pronto, hé aquí una maravilla. Las almas ascienden suavemente al primer puesto. Y en consecuencia la mujer se rehabilita, no obstante su debilidad; el niño se rehabilita, aun aquél cuya débil constitución condenaba á ser lanzado al arroyo; el esclavo se rehabilita, guardando sus cadenas que en breve dejará; el pobre se rehabilita, viendo al rico que toca con respeto sus harapos. Es una revolución inaudita, inesperada, irresistible. Los grandes, los fuertes, pasan al segundo rango. Vense delicadezas infinitas con respecto á los pequeños, y una sociedad nueva se funda sobre el respeto al niño, el honor de la mujer, el amor al pobre, sobre la dignidad de todos en una santa igualdad.

Y como uno de los rasgos de la belleza del Hijo del Hombre es la universidad de su amor; como no es dado pensar en Él, sin verle clavado en la cruz, con los brazos extendidos para abrazar al mundo, las barreras de las nacionalidades viénense al suelo; la patria, sin dejar de ser amada para el corazón del hombre, hácese menos exclusiva; enciéndense faros á lo largo de los mares, en las costas, allí donde la anti-güedad se aprovechaba de los naufragios; la pa-

labra *hostis*, ya no tiene sentido; la humanidad nace, es decir, la gran República de los hermanos separados aun por los intereses y las lenguas, mas teniendo á lo menos tres lazos que les unen á través de las montañas y de los mares: el lazo de la sangre, el lazo de la fe y el lazo del amor.

Y esto no es más que el comienzo. Véase el más divino, el rasgo real de la belleza de Jesucristo, impreso en la sociedad moderna. Tiene ella algo de infinito como Él, algo de inconmensurable, algo de insaciable, que constituye su honor y su belleza; porque de ahí nace su progreso. Observad al mundo antiguo: allí todo es perfecto en su género. Cada hombre realiza su ideal, realiza lo bueno y lo bello, tal como su naturaleza lo concibe. En el mundo moderno, por el contrario, el término no se logra. Todo se dirige á una belleza, que llamaré quimérica, puesto que nadie la alcanza, y cada alma gime por no poder llegar á ella. Oíd, oíd al mundo antiguo: en el arte, en la filosofía, en la poesía, ¡qué acento de satisfacción! Encontró, realizó lo bello: es dichoso. ¡Qué diferencia del prolongado suspiro, del incesante gemido del mundo moderno! “¡Ah! si pudiera yo alcanzar la belleza absoluta! ¡Si me fuera dado hallar la verdad eterna! ¡Si pudiera yo hacer vivir en mí el bien, lo bello, lo noble, lo santo!”

El mundo antiguo edificaba sus templos, le-

vantaba sus estatuas, escribía sus dramas, sus gloriosas epopeyas, de un modo definitivo: era completo. El moderno, ni en su arte, ni en su filosofía, ni en su poesía tiene nada que considere como acabado. No tiene ánimos para terminar ninguna cosa. ¡En tal manera posee un ideal que traspasa toda realidad! Posesión de la belleza satisfecha: hé ahí el Partenón; aspiración inmensa del amor no satisfecho: he ahí la Catedral de Colonia; ¹ está igualmente sin terminar! ¿Y en dónde terminarla? ¿Y cómo terminarla? ¿Y en dónde colocar la última piedra? ¡La última piedra! no existe; no puede existir. Mientras estemos aquí abajo de nada puede decirse: está terminado.

He considerado, siempre con asombro, la extraña concepción de los héroes divinizados en Homero. Se hallan en los Campos Elíseos, coronados, recompensados, pero no felices; están llenos de pesares. ¿Y qué echan de menos? La tierra que dejaron, esta vida, esta luz que aquí abajo tenían. Por grandes que sean, sienten que no son más que sombras. La luz, la belleza, la vida, para ellos, está en este mundo. La obscuridad está allá arriba, en donde se encuentran ellos. Oídes, oíd á Aquiles. ¿Acaso desea más

1 El conocido poeta alemán, Don Juan Fastenrath, escribió una hermosa composición á ella dedicada. V. *La Walhalla.....*—N. del T.

crecido resplandor? No echa de menos su fuerza, su valor de antes. Y á todos sucede otro tanto: sombras infortunadas que viven mirando á esa tierra que dejaron, y para quienes todo su consuelo está en volver á andar errantes entre los vivos. Nosotros, por el contrario, en este mundo nuevo de Jesucristo, á través de todos los esplendores de la creación y del arte, no nos vemos saciados; soñamos una belleza, más grande que todas las bellezas, la cual no esperamos alcanzar aquí abajo. Aun allá arriba, cuando allí nos encontremos, apenas si alcanzaremos á vernos satisfechos; iremos de claridad en claridad, buscando siempre algo más hermoso, conservando nuestro afán, nuestra sublime aspiración, mas no nuestro dolor; porque la sed, no renacerá sin cesar, sino para verse sin cesar saciada. Hé ahí el espíritu humano, en el mundo moderno. Se vió directamente cambiado.

Este gran fenómeno histórico, acerca del cual no insisto más, supone manifiestamente un acontecimiento extraordinario correlativo y que obró la transformación. Debe haber ahí un momento en el cual termina el mundo antiguo; en el cual comienza el moderno. ¿Cuál fué ese momento? ¿Cuál fué el primer paso, de ese progreso sin término? ¿Quién abrió esa era? No hay más respuesta que una: Jesucristo. Es absolutamente cierto que el mundo antiguo termina

en la cruz del Salvador, ni antes, ni después; y que el moderno comienza entonces. La cruz es el punto de parada, de la caída, el punto de arranque de la renovación, y si Jesucristo es Dios, todo se comprende y se explica. Pero si Jesucristo no es Dios; si ha substituido una idolatría á otra idolatría; si mintió, y si con esa mentira, ó con esa ilusión, regeneró al mundo, entonces nada entiendo del asunto. Todas las nociones de certeza, de verdad, de justicia, de virtud, y lo diré, de causa y de efecto, se oscurecen en mi cabeza, y hasta la idea de Dios se cubre con un velo. Es lo que decía Napoleón: "Por último, y es mi postrer argumento, no hay Dios en el cielo, si un hombre pudo concebir y ejecutar con entero éxito el plan gigantesco de arrebatara para sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios." Y añado yo, si pudo, usurpando el nombre de Dios, y sumergiendo al mundo en la idolatría, regenerarlo.

X

Si, y por aquí termino; si Jesucristo es Dios, todo se sigue, todo se encadena: su vida, su doctrina, los milagros y los prodigiosos efectos de su paso por la tierra y hasta el momento y el lugar de su aparición. Cuando se hubo cumplido el tiempo, cuando la fe de la infancia del mundo se debilitó, y todos los labios proponían

esta cuestión: ¿quién nos mostrará el bien? Cuando la carga del pecado llevó el malestar al corazón de la humanidad, Dios envió su Hijo á la tierra, en socorro del hombre que sucumbía; apareció en mitad de los tiempos y en el centro del mundo, lleno de gracia y de verdad, libre de todo error y de toda culpa, inocente y santo, practicando todas las virtudes, rebosando principalmente el más tierno amor á Dios, la más divina piedad con respecto al hombre, y sellando la vida más pura con una muerte sublime. Se le ve hombre, mas, á través de la ideal belleza de su humanidad, transpira la luz de su divinidad; muy suave primero, después más viva, luego escapándose en ráfagas, y muy presto deslumbrante. Aparece lleno de vida divina, y la humanidad, uniéndose á Él, halla en su mente, en su corazón, en su fuerza, en su vida entera, un engrandecimiento en la suya. ¿Qué puede haber más sencillo, más lógico, más digno de Dios, ni más honroso para el hombre?

Supongamos, no obstante, que Jesucristo no sea Dios; que el héroe de este drama no sea más que un iluso inocente ó un impostor hábil: ¿qué se gana con eso? ¿Nos vemos así libres del misterio? Al contrario, en vez de uno, tenemos diez, tenemos mil; un caos de inexplicables obscuridades, de contradicciones de las cuales no saldremos.

Sí; si Jesucristo no es Dios, si no es más que

un hombre, no más que un judío crucificado, es inexplicable que se haya creído en Él, creído en Él durante su vida, creído en Él después de su muerte; que se haya creído que era el Hijo de Dios, su Unigénito nacido de una Virgen, resucitado de entre los muertos, que subió á los cielos á la vista de quinientos discípulos. Esto es inexplicable. ¡Cómo, sois hombre, hijo de hombre, y os decís Dios, y os obligáis á proceder como Dios! ¿Pero habéis pensado en ello? ¡No sostendréis ese papel durante un cuarto de hora! ¡Seréis descubierto antes de terminar vuestro primer discurso! Y no obstante, se creyó que Él era Dios, y sus enemigos que le vigilaban, que le espaban, no han hallado un solo punto vulnerable, uno solo de esos momentos en los cuales el hombre aparece y se manifiesta. La cosa es inexplicable.

Y lo que lo es mucho más, es que eso se haya creído con la intensidad de fe, con el ardor, elevación, pureza y generosidad heroica que en ello se puso. Y no han sido unos cuantos; fué el mundo entero quien ha creído, é iba á decir, quien ha creído hasta la pasión, hasta la locura, hasta el sacrificio de todo y aun de la vida.

Cuéntense, si es posible, los millones de mártires que, durante dieciocho siglos, bajo todos los cielos, en todas las civilizaciones, han corrido á la muerte como á una fiesta, inflamados por una fe invencible en la divinidad de Jesu-

cristo; los solitarios, que todo lo han dejado por Él, y cuya vida fué un prodigio de abnegación, de paciencia y de sacrificio; las vírgenes que, renunciando á los más nobles goces de la tierra, lo tomaron por esposo y le consagraron sus puros y virginales pensamientos; tantas santas esposas, tantas madres amantes, tantas inocentes jóvenes que le debieron la belleza de su alma; y aquéllos, también innumerables, que, con los ojos llenos de lágrimas, han recibido el dolor en un corazón sumiso y consolado; y, aquellos también, que han generosamente recommenzado su vida para Él y han subido con firme paso hasta las ásperas cumbres de la penitencia.

Porque lo que es enteramente inexplicable, si Jesucristo no es Dios, no es únicamente que se haya creído en Él, que se haya creído en Él hasta la pasión, hasta el martirio; sino que se haya hecho una regeneración creyendo eso. Lo que es enteramente inexplicable, es que esa mentira ó ese sueño, como queráis, haya destruido al paganismo, dado muerte á la religión de los sentidos, y purificado la infestada atmósfera del mundo antiguo. Es que haya producido los más grandes caracteres y las más elevadas virtudes: Santa Inés y Santa Cecilia, San Agustín y Santo Tomás, Carlomagno y San Luis. Es que haya producido la Europa cristiana; que haya creado la Iglesia. Es que después de trans-

curridos dieciocho siglos, calme todavía las pasiones, inspire los heroísmos, enjugue las lágrimas, cure los más inconsolables dolores, transfigure las muertes más desoladas. Lo que es inexplicable, es que haga todo eso, y solamente Él lo haga. "¡Ah! exclamaba antes de ahora un gran orador; si quisiera darme yo una idea de la verdad digna de ella, iría á postrarme al pie de la cruz; me diría que no es más que un sueño, un error, una mentira consciente ó inconsciente, y al ver las lágrimas por ella enjugadas, los dolores consolados, los infortunios mitigados, las virtudes inspiradas, los sacrificios creados, me diría: ¡Oh Dios mío! si el error hace cosas tales, ¡qué hará la verdad cuando haya llegado su reino!"

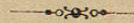
¿Mas, me atrevo aún á pronunciar el nombre de verdad? ¿Qué es la verdad? ¿En dónde se halla? ¿En dónde se la encuentra en materia histórica? Si no creéis en Jesucristo, ¿en quién creeréis? ¿En César, en Alejandro, en Sócrates? "Mas los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, se hallan menos probados que los de Jesucristo." ¿En dónde se le encuentra en materia de religión? El Cristianismo no es más que una mentira, sea. Con mayor razón el paganismo, el mahometismo y el budismo. Nada queda, en los archivos religiosos de la humanidad, más que unos errores sucediéndose á otros, y la sed más divina de la humanidad ha resultado un en-

gaño. Queda la religión natural, me diréis; ¿pero hay, en la religión natural, un solo dogma, un solo precepto que descansa sobre bases más profundas y más sólidas que la divinidad de Jesucristo? Es necesario adorar á Dios, decís; es necesario rogarle. ¿Y por qué? Porque lo quiere el sentido íntimo; porque la humanidad lo enseña. Mas hace dieciocho siglos también la humanidad dice que es necesario adorar á Jesucristo, y el sentido íntimo declara que tiene razón al hacerlo. Repitémoslo; ¿en dónde, pues, se halla la verdad? ¿En dónde en materia de filosofía, de moral, de jurisprudencia y de economía política? Creéis en la propiedad, en la transmisión legítima del fruto de vuestro trabajo, y tenéis razón para creer en eso. Mas ese hecho de la propiedad, base del mundo social, no descansa sobre pruebas más verdaderas, más numerosas, más ciertas, más irrefutables que la divinidad de Jesucristo. Si Jesucristo no está demostrado, no hay cosa que lo esté, y la mano que lo derriba de su pedestal, quíeránlo ó no, lanza también á Dios del suyo. Porque, en fin, desde lo alto de su trono, Dios vió el triunfo de la mentira y el mal; vió á un simple mortal arrogarse la divinidad; vió al mundo desvanecido, fascinado, cayendo á los pies de ese falso dios y lo ha permitido! Permitió que el mundo, en vez de corromperse en esa idolatría, en esa adoración de la mentira, se regenerase ahí. Per-

mitió que las flores más puras germinasen en ese muladar; y no intervino en ello! Vió á la humanidad en la imposibilidad de distinguir la verdad del error, pues que si la verdad se halla en alguna parte, resulta estéril, en tanto que el Cristianismo, que es error, mentira, adoración de un ídolo, resulta fecundo, benéfico, y posee una irradiación de bondad y de belleza. Vió eso, y no tendió su mano á la humanidad, que es hija suya!

¡Oh Dios mío, Dios mío, en qué abismo se cae, en qué confuso caos gira el espíritu humano, cuando rehusa la luz que le habéis preparado! ¡Y qué angustias se prepara, si ama la verdad, si siente que no puede vivir sin ella! Errante en medio de las tinieblas, estrellándose con mil problemas insolubles, no tarda en experimentar la más dolorosa de las tentaciones: la que consiste en cerrar los ojos y aun á no intentar ver. Sobre la almohada en que tan mal descansa, en la que se agita su alma doliente, vela el espíritu de las tinieblas, y en las horas de insomnio, déjase oír una voz: "Echa á un lado todas esas cuestiones; abandona todas sus investigaciones; cierra los ojos; procura olvidar y dormir." ¡Oh Jesús! apiadaos de esas almas dolientes, de esos pobres y nobles investigadores de la verdad. No han huído de la luz; no han deseado las tinieblas; y, aun cuando las hubiesen buscado, es propio de un corazón como el vuestro,

tro, ¡oh Jesús! vencerles á fuerza de amor. ¡Que de vuestros pies y de vuestras manos atravesadas, de vuestro corazón abierto, parta un rayo de luz, por débil que sea! Que vean, ¡oh Jesús! y serán salvos. Pues Vos mismo sois la prueba más brillante de la Religión por Vos establecida; y, para iluminar la inteligencia más oscura, como para curar el corazón más enfermo, basta con que se le muestre JESUCRISTO.



Sólo Jesucristo salvará á la sociedad moderna: ¡Hé ahí á mi Dios! ¡Hé ahí á mi Rey!

(Últimas palabras de Chateaubriant.)



Este folleto es un fragmento de la monumental y sin igual obra, en su género, de Monseñor Bougaud, obispo de Laval (q. e. p. d.) "El Cristianismo y los tiempos presentes."

¡Ojalá el infinito poder y voluntad santa de Dios Nuestro Señor, muevan los corazones de los que esta obra leyeren, y los animen á hacer la mayor propaganda posible de la misma, procurando que su lec-

tura se extienda por todas partes, con todos sus parientes, amigos y conocidos, pasando al efecto cada folleto de lector á lector, y de familia á familia.

Y si se trata de los poderosos y ricos, no olviden que Dios Nuestro Señor da ciento por uno; y que, si ven por su mayor honra y gloria, y provecho muy grande, incalculable, de la Sociedad, mandando imprimir por su cuenta algunos millares de ejemplares de estas líneas, Él les llenará de inmensos beneficios y les dará su infinita gloria. Así sea.

Las obras de Monseñor Bougaud se hallan de venta en la "Librería Religiosa" de José L. Vallejo, S. en C., S. José el Real núm. 3, y en la de los Sres. Montero Herrero & Cía., 2ª Cinco de Mayo, 4.

Si se desea la reimpresión de este folleto, ocurrase á la Imprenta de José Ignacio Durán y Cía.—Chavarría núm. 10.—México, D. F.



